



Vázquez Sallés afronta la demolición del amor

El autor presenta 'La fiesta ha terminado', una novela sobre una pareja destruida por la rutina y atrapada entre los sueños rotos

EMMA RODRÍGUEZ / Madrid

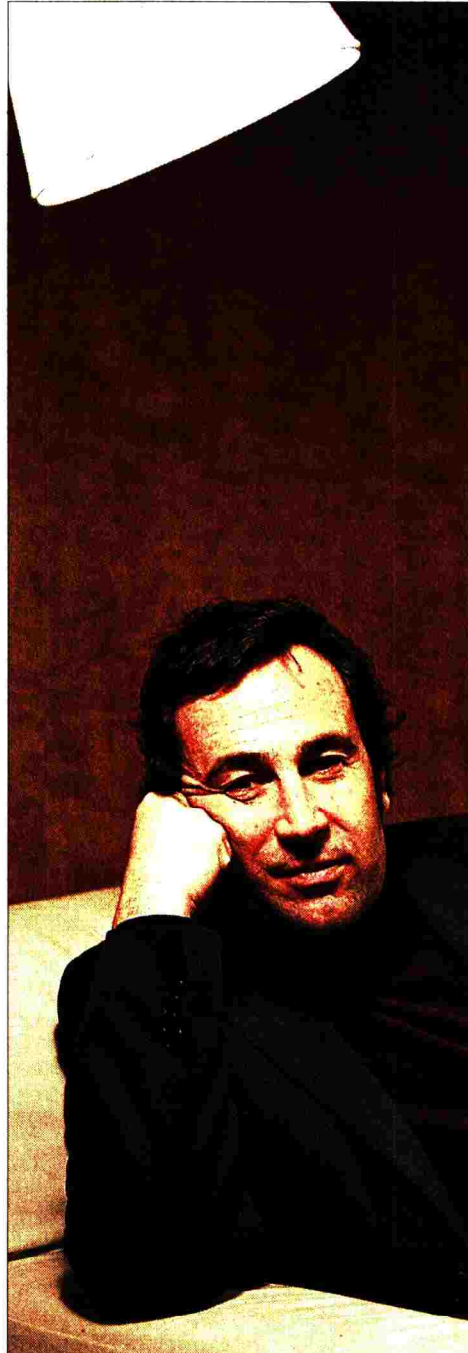
Sobre el deterioro de una pareja y sus intentos de salvarse del naufragio afectivo trata la segunda novela de Daniel Vázquez Sallés. Ese momento impreciso en el que los hilos se rompen, en el que dos personas pasan de ser cómplices a convertirse en extraños –cuando no enemigos– es el objeto de estudio de *La fiesta ha terminado* (RBA).

El hijo de Manuel Vázquez Montalbán deja claras las distancias con su padre en los caminos literarios, aunque asegura haber heredado de él «una cierta melancolía y sentimentalidad». Con ese ADN novelesco, Vázquez Sallés aborda su segunda novela –antes había publicado *Flores negras para Michael Roddick*– con «mayor rodaje y madurez».

Y con ese equipaje, el autor se atreve a bucear en la pareja y en la crisis de la mediana edad –los cuarentaitantos–, «cuando nos miramos en el espejo y comprobamos que no somos aquello que quisimos ser».

Un espacio neutro, un hotel despersonalizado que en ocasiones recuerda los cuadros de Edward Hopper, es el escenario en el que los dos protagonistas tratan de reencontrarse y recuperar la pasión después de haber identificado el virus de la rutina. «Los dos personajes luchan por redescubrirse a través del sexo; pero ella se enamora del hombre que acude a las citas en el hotel, no del marido al que ve cada día y a quien acaba despreciando», explica Vázquez Sallés.

«El juego de los encuentros es una válvula de escape, en el fondo una mentira», prosigue el escritor, quien, más que cuestionar la institución matrimonial, considera que es la sociedad actual, con sus prisas y presiones, la que lleva al hogar –«refugio», como él lo denomina– tal cantidad de mensajes negativos al cabo del día que entrapa la convivencia. El día a día de la pareja protago-



Daniel Vázquez Sallés. / SERGIO ENRÍQUEZ

nista acaba convirtiéndose así en «una confrontación de soledades y tristezas».

Precisamente, ese clima árido, cargado de rutina, de reproches y de hastío que planea sobre una

ciudad casi invisible –es el paisaje interior el que impera– domina en *La fiesta ha terminado*, una novela que parte de un juego a dos para contar también la falta de valores de la contemporaneidad, el proceso de cambio que se intuye y que todavía no se sabe cuándo ni cómo va a culminar.

La ideología perdida, los sueños derrotados, el «sálvese quien pueda» campando a sus anchas en tiempos muy poco amables... De todo eso hay en una entrega en la que el lector percibe que la única salida es acabar aceptando la derrota.

«La fiesta se ha acabado y sólo queda la resignación», señala el autor, quien apunta también las dos sendas paralelas que acaban siendo determinantes en la novela. La primera conduce a la idea de que, cuando vivimos con alguien, nos convertimos en seres diferentes, de algún modo amoldados al otro. La segunda llega hasta el inevitable conflicto de roles. Así, en *La fiesta ha terminado* se apunta un asunto muy conflictivo: la asunción social de que las mujeres (y no los hombres) no pueden alejarse de sus hijos bajo ningún pretexto.

«En el fondo», concluye Daniel Vázquez Sallés, «esta novela encierra el mundo en el micromundo de una pareja, demostrando lo difícil que resulta mantener el equilibrio».